

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N. 15-JULIO 2021

Ella está siempre
amorosamente atenta
a los hijos caídos en el pantano
del dolor y del pecado.
A todos ofrece su protección.



**Vida de unión
con María: obrar EN María
Totus Tuus**

**San Joaquín y Santa Ana
Testigos de María**

**Jesús, el Buen Pastor
Reinado de Cristo**

Sumario

Alma Mariana

P. Rodrigo Molina

Inspirador del Reinado de María

Así como cuando se oculta el sol, queda el lucero vespertino titilando como una esperanza en el firmamento; del mismo modo, cuando por el pecado el sol de la gracia se oscurece, en la noche del alma suele quedar brillando la devoción a la Virgen.

Por algo la Iglesia la llama «refugio de los pecadores». Ella es Madre muy amante a quien Dios quiso fiar todo el orden de la misericordia.

«Dios ha puesto en Santa María —escribía el P. Molina— un corazón materno que no conoce otros latidos que los del amor y el perdón. María es ese corazón tierno que usa el Padre para tener compasión del pecador. Ella es camino de reconciliación, madre de la reconciliación. Para hacernos renacer a Dios, padeció con Jesús los inmensos dolores de su Pasión, estando de pie junto a la Cruz. Ella es abogada de los pecadores y mediadora de la gracia. No mira de lado, no descuida, no desdeña nuestras súplicas cuando a Ella recurrimos en busca de auxilio».

Rodrigo Molina

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

4 TERCERA APARICIÓN DE
LA VIRGEN DE FÁTIMA.

VICTORIAS DE MARÍA

7 EL PODER DEL SANTO
ESCAPULARIO DEL
CARMEN

TESTIGOS DE LA INMACULADA

8 SAN JOAQUÍN Y SANTA
ANA

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

10 LOS CINCO PRIMEROS
SÁBADOS.
CONSAGRACIÓN AL
INMACULADO CORAZÓN.
CONSOLEMOS A LA
VIRGEN

Lumen Reginae

Boletín Oficial del Reinado de María.

«Ad Jesum per Mariam»

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

12 LA CONSAGRACIÓN
A MARÍA III
VIVIR EN MARÍA

REINADO DE CRISTO

14 JESÚS, EL BUEN
PASTOR

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

15 LA UNICIDAD DE
DIOS



Al lector

«Sed santos, porque Yo, el Señor, soy Santo» (Lv 19, 2).

«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

«Y esa perfección se concreta en la imitación de Jesucristo, el que me amó y se entregó a la muerte, en favor de mí» (Ga 2, 20).

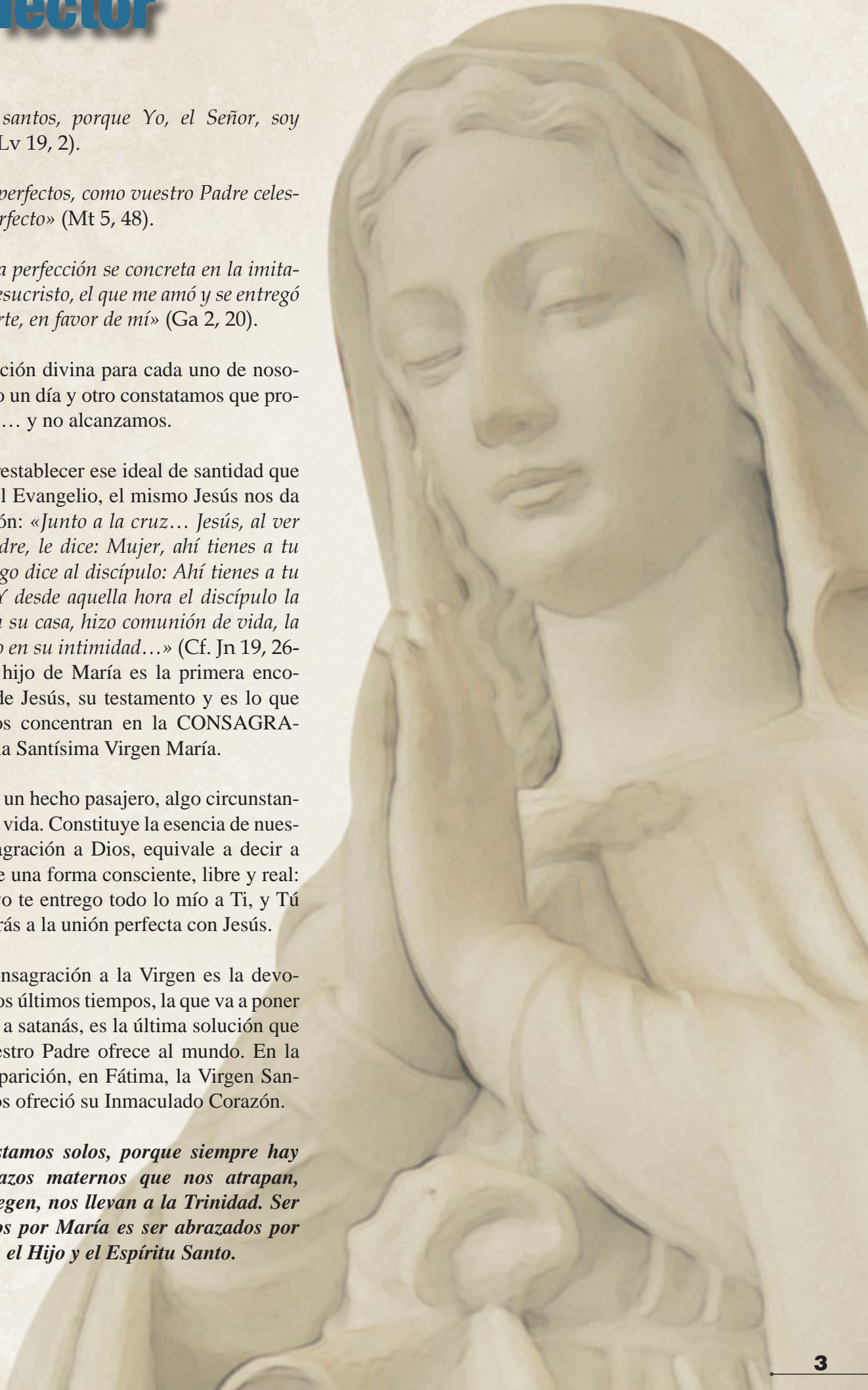
Invitación divina para cada uno de nosotros. Pero un día y otro constatamos que proponemos... y no alcanzamos.

Para restablecer ese ideal de santidad que plantea el Evangelio, el mismo Jesús nos da la solución: «Junto a la cruz... Jesús, al ver a su Madre, le dice: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa, hizo comunión de vida, la introdujo en su intimidad...» (Cf. Jn 19, 26-27). Ser hijo de María es la primera encomienda de Jesús, su testamento y es lo que los santos concentran en la CONSAGRACIÓN a la Santísima Virgen María.

No es un hecho pasajero, algo circunstancial en la vida. Constituye la esencia de nuestra consagración a Dios, equivale a decir a María, de una forma consciente, libre y real: Madre, yo te entrego todo lo mío a Ti, y Tú me llevarás a la unión perfecta con Jesús.

La consagración a la Virgen es la devoción de los últimos tiempos, la que va a poner un dique a satanás, es la última solución que Dios nuestro Padre ofrece al mundo. En la tercera aparición, en Fátima, la Virgen Santísima nos ofreció su Inmaculado Corazón.

No estamos solos, porque siempre hay unos brazos maternos que nos atrapan, nos protegen, nos llevan a la Trinidad. Ser abrazados por María es ser abrazados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.



EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

13 de julio de 1917. Extractamos una parte del mensaje de esta tercera aparición de la Virgen a los pastorcitos:

— *Sacrificaos por los pecadores, y decid muchas veces, en especial cuando hagáis algún sacrificio: «Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en desagravio por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».*

Narra Lucía: Al decir estas últimas palabras, abrió de nuevo las manos como en los meses pasados. El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio (...) entre gritos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor.

Continuó Nuestra Señora, con el rostro apenado y lleno de dolor:

— *Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. (...) Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.*

Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comunión reparadora de los primeros sábados (...) Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará.

Cuando recéis el Rosario, diréis, después de cada misterio: ¡Oh Jesús mío, perdonad nuestros pecados, libradnos del fuego del infierno, llevad al cielo a todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia!

Consagración al Inmaculado Corazón de María

La Señora más brillante que el sol, pide la con-



sagración de Rusia a su Inmaculado Corazón pero hoy, nos invita también a nosotros a consagrarnos a este misericordioso Corazón.

Cuando una madre no vive más que para sus hijos; un profesional no piensa en otra cosa que en ejercer su trabajo con toda honestidad, etc. decimos que esa persona está consagrada a su familia, a su profesión...

Del mismo modo, cuando una persona no piensa más que en complacer a la Virgen, amarle, reparar su Corazón herido... decimos que está consagrada

Tercera aparición de la Virgen de Fátima.

a María. ¿Y en qué consiste esta consagración? En entregarse a Ella en cuerpo y alma. En el cuerpo, con todos sus sentidos y sus miembros. Mi vista es para María, entonces ya no miraré cosas que puedan ofenderla, mis oídos son para María, entonces no escucharé conversaciones ni músicas que la puedan herir, etc. Se entrega con su alma, es decir, con todas sus potencias: entendimiento, memoria y voluntad. Cuando nos consagramos al Inmaculado Corazón de María, también le entregamos todos nuestros bienes exteriores, cualidades, talentos, etc. y nuestros bienes espirituales: méritos y virtudes. Todas nuestras buenas obras pasadas, presentes y futuras. En una palabra nos damos a Ella por entero en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia.

Y como la Virgen no se deja ganar en generosidad, Ella recibe nuestra consagración muy complacida y nos introduce muy dentro de su Inmaculado Corazón, nos llena de sus cuidados maternales, nos protege de todo mal y finalmente, nos conduce a Dios.

Al fin, Nuestra Señora dice que para evitar tantos males que hay en el mundo es necesaria la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón. Aquí, podemos sustituir la palabra «Rusia», por «mi familia», «mi cónyuge», «mis hijos», «mi comunidad religiosa»... Si consagramos a su Inmaculado Corazón lo que nos es más querido en este mundo, evitaremos muchos males: desunión, rencillas, malentendidos, peleas, etc. y la paz inundará nuestras almas.

La posibilidad del infierno. Los novísimos

Los novísimos hacen relación a lo que sucederá al final de nuestras vidas. Nuestra peregrinación en esta tierra acaba con la muerte. Después de la muerte sigue el juicio particular y según nuestras obras obtendremos el premio eterno: el cielo o el castigo



eterno: el infierno. Los novísimos son cuatro: muerte, juicio, infierno y gloria.

La muerte es la separación del cuerpo y del alma. El juicio particular tiene lugar inmediatamente después de la muerte de cada uno. Allí, Jesucristo, como juez, valorará nuestras obras y según sean buenas o malas, dictará la sentencia: cielo o infierno.

El infierno es una realidad que el mundo actual no

quiere admitir, pero no por eso deja de existir. Precisamente, el mayor logro de Satanás es hacer creer a las personas que él no existe y el infierno tampoco.

Jesucristo nos libera de este engaño hablando dieciséis veces sobre el infierno en el Evangelio, no para asustarnos sino para que no vayamos a Él.

Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el N° 1033: «Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra infierno».

En el infierno existe la pena de daño y la pena de sentido. Esta última es la principal y más dolorosa porque consiste en la separación eterna de Dios, nuestra auténtica vida y felicidad. La pena de sentido se refiere a los múltiples y horribles tormentos a los que son sometidos los condenados, como dice Jesús: «*el fuego que nunca se apaga*». En una frase,

Nuestro Señor resume la pena de daño y de sentido: «*¡Alejaos de Mí, malditos, al fuego eterno!*» (Mt 25, 41).

¿Qué hacer ante esta triste realidad de la cual ninguno estamos excluidos? Acogernos al Inmaculado Corazón de María, pedirle todos los días la gracia de la perseverancia final, frecuentar los sacramentos, especialmente la confesión y la comunión, cumplir los mandamientos y para ello, leer con asiduidad el Catecismo de la Iglesia Católica, para informarnos bien sobre lo que debemos creer, cómo debemos obrar y qué es lo que debemos recibir.

Pero no basta con trabajar por nuestra salvación. Es un deber salvar a otros del infierno. De ahí la importancia de rezar y hacer sacrificios por la conversión de los pecadores para que no vayan a este lugar de tormentos.

¡Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, libradnos del fuego del infierno, llevad al cielo a todas las almas, especialmente las más necesitadas de vuestra misericordia!



El poder del Santo Escapulario del Carmen

Nos cuenta San Manuel González una experiencia que tuvo como capellán de un asilo de ancianos de Sevilla, España.

«A pesar de las buenas caras y de la frecuencia de Sacramentos de mis ancianos, no todos eran triunfos. Uno de estos era de carácter reservado, oscuro de alma como de cara, huraño, molesto y quejumbroso siempre con la Hermana que le servía.

Un día la vi cómo arrojaba a la cara de la Hermana el líquido con que le lavaba una llaga cancerosa de la oreja. La Hermana se contentó con sonreír. Conmigo nunca se descompuso, sin llegar a la amabilidad y expansión con que sus compañeros me solían recibir, siempre se mantuvo respetuoso y casi agradecido a mi interés por su salud. Pero de confesión, ¡nada!

Llegaban fiestas y solemnidades y el mismo cumplimiento pascual, en que todos se confesaban y él, impertérrito, las dejaba pasar.

Solo pude conseguir que me recibiera el escapulario del Carmen y lo llevara siempre colgado. No me quedaba otra esperanza que ésta y las oraciones de la buena Hermanita. En los otros ancianos creo que su conducta ya no causaba escándalo pues con ellos era también huraño y mal encarado.

Un buen día recibo aviso urgente de la Superiora para que fuera al asilo, porque un ancianito se había tirado por las escaleras.

Pensando en él, me puse volando al pie de la escalera en la que temía encontrar el cuerpo del suicida, pero no encontré nada. ¿Qué había pasado? Que, en un arranque de desesperación, se tiró desde la parte más alta de la escalera; pero, ¡oh, prodigio!, al ir a soltar la mano con la que se sostenía a la baranda y ya todo el cuerpo en el aire, se sale el cordón debilísimo del escapulario y, como si fuera una cadena, se enreda entre sus dedos y muñeca, y formando un círculo con el brazo alrededor de uno de los hierros de la baranda, lo deja colgado.



A los gritos que la violencia de la postura y quizás el arrepentimiento le arrancaron, acudieron sobrecogidos de espanto, de admiración y gratitud ante el prodigio patente de su celestial Protectora.

No hay que decir que el huraño anciano dejó de serlo y el poco tiempo que después vivió fue un buen cristiano».

Una vez más, constatamos la misericordia de nuestra Madre del cielo y la protección especial de su santo escapulario.



TESTIGOS DE LA INMACULADA

Una antigua tradición, que arranca del siglo II, atribuye los nombres de San Joaquín y Santa Ana a los padres de la Santísima Virgen María. Joaquín significa «Yahweh prepara» y Ana significa «gracia». Ambos esposos vivieron en los difíciles tiempos del rey Herodes. Aunque el influjo de su política deterioraba la verdadera piedad del pueblo israelita, con todo, quedaban todavía judíos fieles a la ley, como Zacarías e Isabel, o los padres de María.

Joaquín y Ana eran modelos de piedad y caridad. No eran ricos, pero tenían un buen pasar. Una cosa les faltaba para ser dichosos, tener hijos.

Dios escuchó los deseos y oraciones de los piadosos padres, y puso fin a su tristeza. Con el nacimiento de María entró la alegría en su familia. No se sabe de cierto dónde nació María, si en Jerusalén o en Nazaret. Quince días después del nacimiento recibió su nombre: María, nombre glorioso que, según diversas interpretaciones, quiere decir «señora», «poderosa», «magnífica», «iluminadora», «hermosa» y «fragante como la mirra».

Grande es la dignidad de Santa Ana por ser la madre de la Virgen María, predestinada para ser Madre de Dios. Y, como las obras de Dios son perfectas,

San Joaquín y Santa Ana

era lógico que Él la hiciese digna madre de la criatura más pura. Santa Ana tenía celo por hacer obras buenas y esforzarse en la virtud. Amaba a Dios sinceramente y se sometió a su santa Voluntad en todos los sufrimientos, como lo fue su esterilidad por veinte años, según cuenta la tradición. Esposa y madre, fue fiel cumplidora de sus deberes para con el esposo y su encantadora hija.

Los ancianos padres Joaquín y Ana conocieron perfectamente el gran tesoro que Dios les había confiado en su hija, obra portentosa de la gracia; y pusieron todo su cuidado en educarla. Según tradiciones extra-bíblicas, parece que llevaron a la niña al templo a los tres años de edad para que allí se educara. Quizás habían prometido con voto, —como en otro tiempo Ana la madre de Samuel (1Reg. 1, 10-28)—, consagrar a Dios el fruto de bendición que el Señor les diera.

Para ellos fue un verdadero holocausto; una entrega formal, completa e irrevocable de lo más querido en manos de Dios, con amor y alegría. Eran almas santas, que buscaban la voluntad de Dios y el bien de la niña antes que su propio contentamiento; por ello consintieron en que su hijita estuviera en el templo y confiaron su educación a manos ajenas.

El culto a Santa Ana se introdujo en la Iglesia oriental en el siglo VI, y pasó a la occidental en el siglo X; el culto a San Joaquín es más reciente, aunque era venerado por los griegos desde muy temprano. La fiesta de ambos se celebra el 26 de julio.

Sin duda que San Joaquín y Santa Ana tienen mucho poder ante Dios. Como abuelos de Jesucristo, nuestro Hermano según la carne, son también nuestros abuelos y nos aman a nosotros sus nietos. Ellos son los patronos de los abuelos. Debemos acudir a ellos con gran confianza en nuestras necesidades.



MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

El 10 de diciembre de 1925, mientras la Hermana Lucía se encontraba en el convento de las Doroteas, en Pontevedra (España), se le apareció la Santísima Virgen con el Niño Jesús para darle un mensaje que se conoce como “La Gran Promesa”.

Ella nos lo cuenta así: *«Estaba en mi habitación cuando de repente se ilumina: era la luz de la querida Madre del cielo, que venía con Jesús Niño en una nube luminosa. Mostrándome Su Corazón Inmaculado rodeado de espinas me dijo: Mira, hija mía, mi Corazón rodeado de espinas, que los hombres ingratos continuamente me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tú al menos procura consolarme y di a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, recibiendo la Sagrada Comunión, recen el Rosario y me hagan quince minutos de compañía, meditando los misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, que Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas».*

Esta queja del Corazón de la Madre, hecha a su confidente, no fue destinada a ella solamente; es una petición maternal a cada hijo que la quiera escuchar y practicar. Nuestra Señora lanza una escalera más de salvación a sus hijos cada vez más hundidos en los abismos del pecado, para ayudarles a vivir en la gracia de Dios. Es una queja de Madre que se estremece, pues teme el peligro para el hijo y le enseña con paciencia a recorrer el camino más seguro.



¿Cómo cumplir la devoción de los primeros sábados?

El primer sábado de cada mes, durante cinco meses seguidos:

1. Confesión
2. Comunión reparadora.
3. Rezo del Santo Rosario.
4. Quince minutos de meditación de los Miste-

rios del Rosario (Estos 15 minutos podrían hacerse dentro del Rezo del Rosario, meditando en cada misterio 3 minutos. O bien, rezando los 5 misterios y más tarde hacer 15 minutos de meditación).

Todo ello con la intención de desagraviar al Inmaculado Corazón de María

El motivo de haber escogido la Virgen cinco pri-

meros sábados, se lo reveló el Señor a la Hermana Lucía: «Hija mía, el motivo es sencillo: cinco son las clases de ofensas y blasfemias proferidas contra el Inmaculado Corazón de María:

1. *Las blasfemias contra la Inmaculada Concepción.*
2. *Contra su Virginitad.*
3. *Contra la Maternidad divina, rehusando al mismo tiempo recibirla como Madre de los hombres.*
4. *El tratar de infundir públicamente en el corazón de los niños la indiferencia, el desprecio y hasta el odio para con esta Inmaculada Madre.*
5. *Los ultrajes dirigidos a Ella en sus sagradas imágenes.*

He aquí por qué ante este Inmaculado Corazón ultrajado se movió mi misericordia a pedir esta pequeña reparación, y, en atención a ella, a conceder el perdón a las almas que tuvieron la desgracia de ofender a mi Madre».

La razón principal, pues, que debe movernos a practicar esta devoción es la de consolar el Inmaculado Corazón de María ultrajado por tantos y tan horribles pecados.

Precisamente esto es lo característico de la devoción al Corazón de María, no sólo ver en él su amor, sino ver su dolor, atravesado por la espada de nuestros pecados, y en consecuencia, esforzarnos en repararlos. Reparación simultáneamente dirigida a Dios, para quien es camino y con quien está tan compenetrada, que el mismo Cristo-Dios quiere nuestra reparación a Ella, y por Ella a Dios, al cual Ella misma se la presenta y ofrece, revalorizada en sus manos.

En efecto, es de esperar que, quien durante cinco meses seguidos rece el Rosario meditando en los misterios y se acerque a la confesión sacramental para —en estado de gracia— recibir la Sagrada Comunión, se vaya enamorando de María. Lentamente irá creciendo el deseo de vivir todo el mes y todos los días en espíritu de Primer Sábado, es decir, en espíritu de lucha y conversión, de ser como Ella, agradable al Padre, imitando a Jesús. Y poco a poco, la motivación del beneficio de la Promesa va dando lugar a una exigencia interior de vivir así, pasando a ser toda la vida un acto de reparación al Corazón de la Madre, una vida agradable a los ojos de Dios.

Los cinco primeros sábados Consagración al Inmaculado Corazón. Consolemos a la Virgen

TOTUS TUUS

La cláusula «EN María» es la parte más sublime de la fórmula monfortiana.

Busca transfundir en nuestra vida la vida de María, lograr que la presencia de María sea una realidad viviente en el corazón, trasplantar nuestra alma al místico paraíso de Dios, hacer que la divina Madre viva en nosotros y nosotros en Ella.

Las dos proposiciones se complementan y complementan: la vida de **María en su siervo** es correlativa a la de **éste en su Madre** celestial.

La vida mariana es tanto más exuberante cuanto más se haga sentir esta presencia. El alma vivirá en María en la proporción en que experimente en sí la presencia de la Virgen.

Nos recuerda dos pasajes lumínicos del *Tratado de la Verdadera Devoción*: María... hace sumergirse a su 'esclavo' en el abismo de sus gracias, y a su vez estas almas se pierden ellas mismas en el abismo del interior de María, y se transforman en sus copias vivientes (nn. 144 y 217).

De aquí podemos aprender que nuestra vida de gracia, nuestra vida divina, la tomamos en el seno espiritual de María, «en el abismo de sus gracias».

Se puede comparar a la vida del bebé antes de nacer: en el seno de su madre, de donde toma todo su principio vital y todo el alimento proporcionado a su debilidad. Por eso las almas marianas, como el P. Gabriel Jacquier, gustan tanto del En María, que traducen por el *In sinu Matris*: En el seno de la Madre.

Queremos aquí vivir un misterio: el de nuestra inhabitación en María, como el Verbo, Jesucristo, entró en María en la Anunciación, y ahí formó su cuerpo físico.

El misterio de la maternidad espiritual prolonga el de la Encarnación.



Ser de Ella como Ella es de Dios

La Consagración a María III

Vivir EN María

Jesús vive siempre en María para comunicarnos en Ella su vida, porque ha querido que, como recibimos la vida del cuerpo en el seno de una madre, recibamos la vida del alma en el seno de su Madre, que es también la nuestra. Como necesitamos nacer de nuevo, Santa María es esta Madre que nos forma con la gracia de lo alto, con el Espíritu Santo.

San Luis María nos invita a ser conscientes de esta unión con María. Hay que **entrar**, y luego **permanecer** en María unidos a Jesús.

Entrar: De una manera consciente. Es una gracia que debemos merecer, por la fidelidad a hacerlo todo *POR* María y *CON* María: siendo dóciles a sus inspiraciones, caminando en su presencia e imitando sus virtudes. Es el fruto delicioso de dejar que María obre libremente en nosotros, en su función de Madre y Soberana (*POR* María) y de reproducirla en nosotros (*CON* María) por la gracia del Espíritu Santo.

De esta manera nos hacemos semejantes a María, copias vivas suyas, porque recibimos *EN* María la abundancia de sus gracias. Forma así en nosotros la misma vida de Jesús que mora en Ella.

Permanecer: «Después de que por su fidelidad se ha obtenido esta insigne gracia (la entrada consciente y amante en María) hay que **permanecer** en ese bello interior...» (Tratado, n. 264).

Morar es tener una residencia fija y permanente, residir habitualmente y tener la felicidad de estar allí íntimamente, cada vez con mayor intensidad, unidos a Jesús, que, nuevo Adán, sigue allí tomando sus divinas complacencias. Ninguna otra morada lo atrae y retiene tanto como María. Y en estas alturas impera el amor de complacencia. María será para nuestras almas: paraíso, torre, morada de confianza, de seguridad, de unión transformante en Jesús

En María. Cada mañana al despertar nos hallamos al instante *EN* María «sumergidos en el abismo de sus gracias... en su interior». Nuestro corazón., todo nuestro ser sobrenatural aspira la gracia *EN* María. Y es así como oramos *EN* Ella, comulgamos *EN* Ella, trabajamos *EN* Ella sin abandonar jamás ese interior seno espiritual de la que continuamente alimenta nuestra vida espiritual «en el abismo de sus gracias».





Detalle del mosaico en San Lorenzo extramuros en Roma (Italia)

Jesus, el buen Pastor

Jesus dice de sí: «Yo soy el Buen Pastor y conozco a mis ovejas, es decir, las amo, y ellas me conocen a mí, igual que mi Padre me conoce y yo conozco a mi Padre. Además doy mi vida por las ovejas» (Jn 10, 14.15). El verdadero pastor no quita la vida, sino que la da y la conserva con interés: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (10, 10).

Jesus da la vida por amor. Cristo sorbió odio y elaboró amor; recibió odio y lo convirtió en amor; le dimos muerte y nos dio vida sacada de esa muerte que le dimos.

«Se le conmovieron las entrañas sobre ellos porque los veía como ovejas arrancada la piel...» (Mt 9,36). Jesus nos tiene apego, apego instintivo, que le sale de dentro, espontáneo, generoso; Jesus nos tiene cariño y ternura. Jesus nos tiene piedad, se liga con nosotros, se compromete con nosotros. En su compromiso Jesus es fiel.

En su misericordia va más allá de todo lo que hubiéramos podido soñar e imaginar. Tu salvación, la de tu situación por angustiada que sea está en las entrañas de misericordia de Jesus.

La Santísima Virgen es la Divina Pastora. Nos conoce personalmente, sabe lo que necesitamos, piensa continuamente en cada uno. Y recíprocamente, las ovejas conocen a su pastor; los buenos hijos conocen a su Madre. La conocen porque tratan con Ella íntimamente. La saludan al acostarse y al levantarse.

Se acuerdan de Ella durante el día y hablan con Ella por medio de jaculatorias frecuentes. La visitan en sus altares. Leen libros que traten de Ella.

La Santísima Virgen va delante mostrándonos el camino del cielo, de la felicidad eterna que allí mora y de la santidad allí gozada. Siempre procura las gracias que necesita el alma para volver a Dios: la ilumina, la alienta para que salga del pecado y vuelva a los brazos de Dios.

Muchos pecadores confiesan: yo no me hubiera arrojado a los pies de Jesucristo, si antes no hubiera conocido a su Madre.

Buena Pastora es la Santísima Virgen. Procuremos ser sus ovejitas dóciles, dejándonos guiar por Ella; confiadas en su protección, agradecidas por sus cuidados.

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

La Unicidad de Dios

Dios no es un simple nombre, no es un algo etéreo, es la REALIDAD que está tras todo lo que existe quitando su absurdo, su sin sentido.

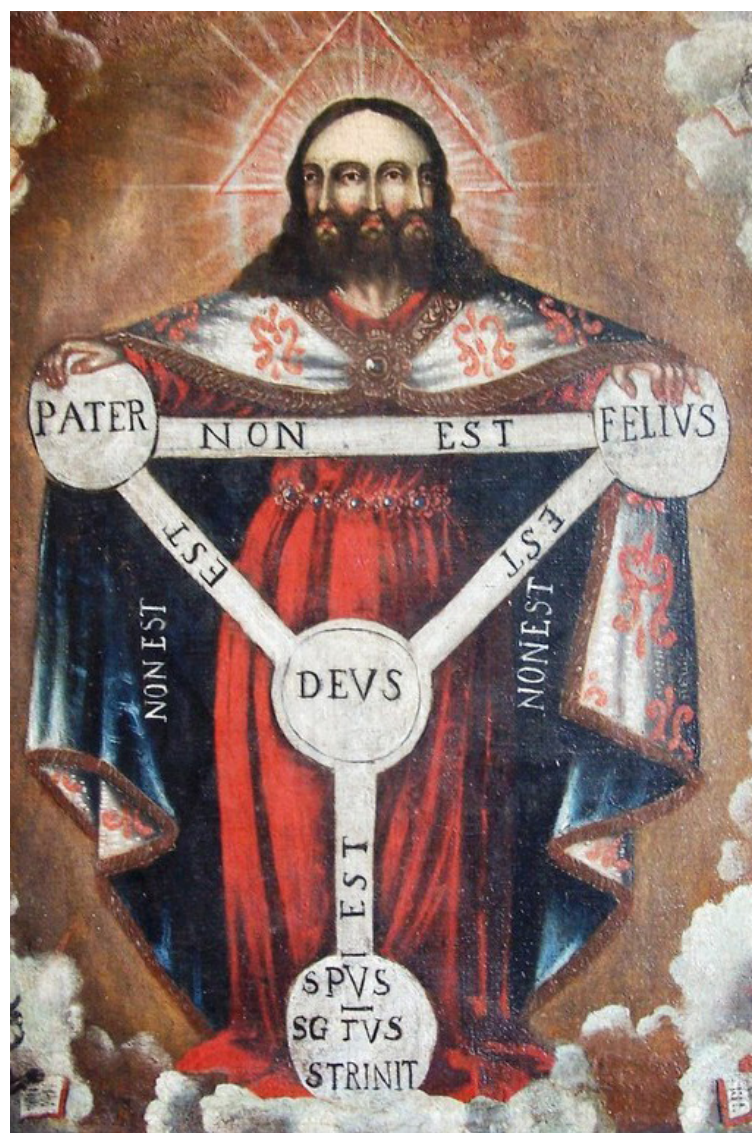
Mi destino es encontrar a Dios. Mi obligación: buscarlo. Late en mí profundamente enraizada la necesidad de Dios.

Ese Dios, nuestro Dueño y Señor, es Uno-Único. «Oye, Israel: Yavé es nuestro Dios. Yavé es uno solo» (Dt 6,4). «Grande eres, oh Yavé..., y no hay ningún dios fuera de Ti» (2Sam 7,22). «No hay sino un solo Dios» (1Co 8,4).

La UNICIDAD de Dios es el primer artículo de nuestra fe, por el cual confesamos que no hay más que un solo Dios con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible la existencia de otros dioses. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas, pero un solo Dios. De suerte que no hay más que un Creador, un Gobernador, un Señor, un primer principio y un último fin de todas las cosas. Y en esta verdad se fundan los principales mandamientos de la ley.

Solo puede haber un Dios verdadero. Si hubiera más, o uno mandaría sobre los demás -y éste sería el único Dios verdadero-, o serían independientes unos de otros, pero esto es imposible, porque el Dios verdadero tiene que tener dominio absoluto sobre todo lo que existe fuera de Él. Si no, no lo podría todo. Y Dios lo puede todo.

Dios es un bien sumo e infinito. No tiene límite en sí y tampoco se le puede poner límite alguno. Por eso es único. Si no fuese así tendría un límite y por tanto dejaría de ser infinito. Luego, necesariamente Dios es uno-único. Y toda esa inmensidad la quiere compartir con el hombre, creado a su imagen y semejanza. Somos suyos, salimos de Él. Le pertenecemos.



De esta enseñanza inferimos:

- ◆ Que Dios es la única y verdadera felicidad del ser humano.
- ◆ Que por ser Dios la realización del hombre, nuestra Madre bendita se afana denodadamente para que quitemos de nuestra vida todo lo que no es de Dios y nos sometamos a Él, obedeciendo a su Hijo Jesús que nos manda: «el Señor, nuestro Dios, es uno-único Señor y amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza» (Mc 12, 29-30). La consagración a María me capacita para amar así a Dios, cumpliendo el fin para el que he sido creado, me lleva a la felicidad plena.
- ◆ La gravedad del pecado que pretende destruir -y puede llegar a hacerlo-, nuestra unión con Dios introduciendo en nuestra vida falsos dioses. Así lo explica San Pablo (Flp 3, 19; Col 3, 5) cuando dice que los carnales tienen por dios a su vientre; los avarientos, al dinero; los soberbios, a la honra vana; tomando por su «divinidad» a aquello por lo cual abandona al único y verdadero Dios, viviendo una verdadera esclavitud.

